

Svend Brinkmann

Pensar

**En defensa de una
vida reflexiva**

KÖAN

Título original: *TÆNK: Til forsvar for et tankefuldt liv*
© 2022 Svend Brinkmann & Gyldendal, Copenhagen
Publicado por acuerdo con Gyldendal Group Agency
y Casanovas & Lynch Literary Agency

© Ediciones Kōan, s.l., 2024
c/ Mar Tirrena, 5, 08912 Badalona
www.koanlibros.com • info@koanlibros.com
ISBN: 978-84-10358-17-1 • Depósito legal: B-3738-2025
© de la traducción del inglés, Mónica Herrero, 2024
Diseño de cubiertas de colección: Claudia Burbano de Lara
Ilustración de la cubierta: Victor Riba
Maquetación: Cuqui Puig

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls
Impreso en España / *Printed in Spain*

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1ª edición, marzo de 2025

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
1. ¿QUÉ PIENSAS?	27
2. ¿POR QUÉ SE HA VUELTO DIFÍCIL PENSAR?	51
3. LA FELICIDAD ES UNA VIDA REFLEXIVA	89
4. PENSAR COMO FORMACIÓN	107
5. ¿DE DÓNDE PROVIENE EL PENSAMIENTO?	139
6. CÓMO PENSAR	161
NOTAS	179

INTRODUCCIÓN

Hace algunos años escribí una reseña del excelente libro *Pensar rápido, pensar despacio*, de Daniel Kahneman,¹ el reconocido psicólogo ganador del Premio Nobel de Economía (no existe un premio así para Psicología). Tal como sugiere el título, el libro trata sobre cómo el pensamiento humano opera a través de dos sistemas: uno rápido, que es intuitivo y a menudo bastante efectivo, pero que también tiene una tendencia intrínseca a cometer errores; y uno lento que es más demandante a nivel mental, pero a menudo más confiable. En mi reseña cité uno de los ejemplos más conocidos de Kahneman, que reproduzco a continuación. Cuando lo leas, trata de responder automáticamente a la simple suma y, luego, espera un minuto o dos antes de resolverla sistemáticamente.

- Un bate y una bola cuestan 1,10 dólares.
- El bate cuesta un dólar más que la bola.
- ¿Cuánto cuesta la bola?

Bastante fácil, pensarás. La respuesta intuitiva inmediata de la mayoría de las personas es 10 centavos. En efecto, puede que sea así como se ve a primera vista, pero piensa con un poco más de profundidad y por más tiempo, y te darás cuenta de que es incorrecta. Si la bola cuesta 10 centavos y el bate cuesta un dólar más que la bola, el bate debe costar 1,10 dólares, lo que lleva el costo total por encima del monto estipulado en la premisa original. La respuesta correcta debe ser que la bola cuesta cinco centavos (y el bate 1,05 dólares). Aritmética elemental, quizá, pero no inmediatamente obvia para quien piensa rápido; incluso para adultos dotados. Como muestra el ejemplo, seguir nuestra intuición o nuestra corazonada no siempre es la mejor forma de actuar. Para algunas preguntas y problemas, es mejor ir más despacio. Lo primero que viene a la mente no siempre es correcto, aunque muchas personas afirmen lo contrario, incluyendo a los autores de libros de autoayuda y manuales de gestión.

Cito este caso no solo porque ilustra de manera ejemplar uno de los tipos de errores cognitivos que Kahneman pasó años de su larga carrera estudiando, sino también porque, luego de leer mi reseña, una mujer enojada —una completa desconocida— me llamó por ese tema. Sonaba bastante racional y quería regañarme por lo que consideraba un error manifiesto. ¡Era evidente para todos sin excepción que la bola costaba 10 centavos! Parecía sentir vergüenza por mi supuesta confusión. Traté de ser paciente y explicarle la suma, pero se mantuvo firme. (Pude

haber escrito un libro acerca de mantenerse firme, pero ¡no era lo que realmente tenía en mente!)

Mi crítica me explicó apasionadamente por qué yo estaba equivocado. Obviamente, era muy importante para ella hacerme pensar con claridad. Le molestaba mi error (a sus ojos) para captar el problema y quería ayudar. Su preocupación hacía eco del deseo de Kahneman de ayudar a sus lectores a pensar mejor y entrenarlos para minimizar los errores cognitivos. Para la mayoría de nosotros es importante no solo que nosotros y nuestro prójimo nos *comportemos* bien —que respetemos ciertas *virtudes morales*—, sino también que *pensemos* correctamente y, al hacerlo, respetemos ciertas *virtudes intelectuales*. Es importante no solo *actuar bien*, sino también *pensar bien*. Hacerlo nos contacta con la realidad, que nos ayuda a aprender. También nos alienta a pensar críticamente, lo que nos permite identificar aquellos aspectos del mundo que necesitan mejoras. Un pensamiento bueno y profundo también puede ser —en mi opinión— una fuente de verdadera felicidad. Sobre todo, cuando *pensamos por nosotros mismos*. Los filósofos de la antigua Grecia alababan la felicidad del pensar, de la reflexión, de la vida contemplativa, y lo consideraban la vocación humana más elevada. Esto es de lo que trata este libro: abogar por una vida reflexiva.

La diferencia entre Kahneman y la mujer al teléfono, por supuesto, es que uno está en lo cierto y la otra está equivocada. Hay solo una respuesta correcta a la suma. Todas las otras son incorrectas. Esto destaca la norma-

tividad esencial del pensar: hay formas más o menos correctas de desplegar nuestra capacidad para pensar. En pocas palabras, hay normas para el pensamiento bueno y válido, y haríamos bien en aprenderlas. Un tema de este libro es que aprender a pensar es parte del proceso conocido como formación (*Bildung*, como lo denominan los alemanes) —aprender a ser una persona plenamente desarrollada—, lo cual se describe en detalle más adelante en este libro. Pensar es esencial para vivir una buena vida.

Los seres humanos, que sepamos, son las únicas criaturas en el planeta capaces de pensar en el auténtico sentido de la palabra. Todos los tipos de animales calculan intuitivamente el riesgo (una hiena tentada de robar a un león sopesa el riesgo de terminar como parte del menú del felino), pero solo los seres humanos hacen cálculos reales, porque solo ellos tienen acceso al mundo de los números y símbolos matemáticos. Los seres humanos son también criaturas capaces de pensar acerca del sentido de la vida, de la naturaleza de una sociedad justa o de la existencia potencial de una divinidad. Podemos hacer esto porque tenemos la habilidad de pensar reflexivamente —pensar acerca de cómo pensamos— y porque tenemos lenguaje, lo que el filósofo Ludwig Wittgenstein denominó «el vehículo del pensamiento».² Necesitamos el lenguaje y sus conceptos para pensar acerca del pasado, el futuro, el bien, el mal y otros temas abstractos, lo que también incluye pensar en el hecho de pensar.

Sin embargo, aunque nuestro pensamiento es normativo —es decir, puede ser correcto o incorrecto— y aunque algunas de sus normas parecen objetivas (las de la lógica, por ejemplo), aún es importante que aprendamos a pensar por nosotros mismos. El individuo refinado entiende la historia y las comunidades de las que forma parte y puede pensar de forma independiente. Ha desarrollado su propia voz, lo que lo hace capaz de formar sus propias opiniones acerca de cuestiones e interrogantes, pero cuando lo hace, siempre tiene en cuenta a otras personas y al mundo que lo rodea. En realidad, esta es la idea básica del humanismo: que hay que aprender a pensar por uno mismo. A pensar bien. A usar la razón. Y a resistir cualquier cosa que amenace la habilidad para hacerlo. Pero ¿cómo conseguirlo si somos el resultado de nuestras circunstancias? ¿Cómo pensamos despacio, profundamente y de manera refinada en un mundo dominado por el valor utilitario, el poder y la prisa? Estas son el tipo de preguntas que se tratan en este libro. Argumentaré que pensar, en el sentido verdadero de la palabra, es una de las cosas más importantes que se pueden hacer en la vida; y una de las más humanas también. Sin embargo, también afirmaré que la naturaleza de nuestro mundo moderno no fomenta la reflexión y que esto significa que tenemos muchas razones para volver a aprender cómo pensar bien y en profundidad.

¿Por qué practicar algo que ya se sabe hacer?

Vivimos en épocas raras. Aunque muchos de nosotros seamos perfectamente capaces de utilizar nuestras piernas para caminar, se publican libros sobre cómo caminar y pasear. La mayoría de nosotros conseguimos dormirnos casi todas las noches; sin embargo, se produce gran cantidad de literatura acerca de cómo dormir mejor. Y aunque muchas personas sepan lo que se siente al caer en una ensoñación y simplemente estar ahí, en el momento, las estanterías de las librerías están abarrotadas con guías de meditación y *mindfulness*, que abordan el fenómeno como una técnica que se entrena. En realidad, los seres humanos son extraordinariamente capaces de hacer de sus propios cuerpos y mentes el objeto de entrenamiento, disciplina y mejora. Somos, como dice el filósofo alemán Peter Sloterdijk, criaturas condenadas a practicar incluso las cosas más simples y sencillas.

Es fácil asombrarse y burlarse de esta «tecnificación» de lo simple. Admito de buena gana que he sido culpable de hacer justamente eso. Sin embargo, a riesgo de exponerme al fracaso, en este libro agregaré todavía otro elemento a la lista de fenómenos que ya conocemos y que, de todas formas, a muchos nos vendría bien practicar: el ejercicio de pensar.

Pero ¿qué es pensar? Evidentemente, es más que tan solo resolver problemas matemáticos, como en el ejemplo de Kahneman. ¿Podemos llegar a una comprensión

tentativa del fenómeno incluso en esta etapa temprana del libro?

Antes de introducir definiciones y teoría acerca del pensar, me retrotraeré a uno de los momentos más encantadores que recuerdo, momentos que giran en torno precisamente a eso: al ejercicio de pensar. De niño pasaba horas sobre la alfombra, disfrutando del sol de primavera que inundaba nuestro cuarto de estar a través de las grandes ventanas, y simplemente dejaba que mi mente vagara. En mi cabeza, me contaba cuentos y soñaba que era un explorador. A veces, un atlas me ayudaba a poner en marcha la imaginación. Esto era pensar como si fuera un alegre soñar despierto. En invierno, esta forma de ensueño tenía lugar frente a la estufa de leña, y seguramente no es una coincidencia que a menudo pensara en cómo el sol o la estufa daban calor a mi cuerpo. A menudo mi pensamiento estaba acompañado por sensaciones físicas concretas. Por ejemplo, me sentía un poco mareado o vacío cuando deliberaba acerca de si el universo es infinito. Ni la finitud ni la infinitud son comprensibles, aunque vale la pena pensar acerca del tema. Durante el trayecto hacia la escuela, a menudo mantenía largas conversaciones conmigo mismo, las cuales —a diferencia de mi ser físico— no tenían un destino particular. Fue probablemente la ausencia misma de otros objetivos lo que hacía que pensar fuera tan edificante. Era pensar solo por el hecho de pensar. También recuerdo la incomodidad de ser sorprendido en ocasiones hablando conmigo mismo mientras deambu-

laba, perdido en el pensamiento. Hoy sé que no había nada de que avergonzarse: tan solo estaba profundamente sumergido en mis pensamientos.

Como adulto, me resulta más difícil perderme en mis pensamientos de esa forma, pero todavía me sucede a veces, cuando salgo a correr o andar en bicicleta. A menudo el resultado son ideas útiles que escribo cuando llego a casa. Pero no puedo hacer que esto suceda cuando sea que me apetezca. Pensar tiene vida propia. No puedes hacer otra cosa que escuchar tus pensamientos. Son, por supuesto, *mis* pensamientos —los pienso *yo mismo*— y, sin embargo, no sé realmente de dónde provienen (bueno, del cerebro, por supuesto, pero no solo de allí, como veremos más adelante). De alguna manera, el pensamiento piensa a través de mí y, al mismo tiempo, yo hago el ejercicio de pensar. Es casi como ser un espectador del mundo de las ideas, de lo que opera dentro de uno, o incluso fuera de uno si, por ejemplo, anotas los pensamientos o los discutes con otras personas. No tengo control sobre lo que surge una vez que comienzo a pensar, pero puedo escuchar el flujo, tratar de mantener el ritmo y participar del diálogo conmigo. En la filosofía antigua, Sócrates, en particular, era conocido por sus largos períodos de ensoñación, cuando lo que él denominaba *daimon* —su voz interior— le hablaba a través de sus pensamientos. Afortunadamente, el sabio mundialmente famoso no es el único que posee un *daimon*. Todos tenemos uno. Los niños son especialmente buenos dando rienda suelta al suyo. De hecho, el antiguo concepto

griego de la buena vida, *eudaimonia*, surge de *eudaimon*, que literalmente significa «buen *daimon*».

Mi tesis en este libro es que pensar más enriquecería nuestras vidas. Deberíamos escuchar a nuestro *daimon*. En nuestra ocupada existencia moderna, a menudo no hay tiempo para la previsión, la reflexión y la ocurrencia tardía, todo lo cual depende, en muchas formas, de nuestro *daimon*, que se hace escuchar cuando nos permitimos el tiempo para habitar un poco en nuestros pensamientos, para ser minuciosos y pensar de manera crítica. Pasar tiempo con los pensamientos, dejarlos deambular libremente sin destino en particular, maravillarse ante el mundo, sumergirse en los misterios de la vida e insistir en tener tiempo para la anticipación y la reflexión son todos aspectos de lo que denomino la atención. Si extrañas pensar tanto como yo, te alegrará saber que puedes volver a despertar tu *daimon*. He aquí el objetivo de este libro.

El humano pensante

Es difícil proponer un fenómeno humano más esencial que la capacidad de pensar. Nuestra especie biológica se denomina incluso *Homo sapiens*, del latín, «hombre sabio» o «humano pensante». Toda la tradición filosófica europea ha destacado la importancia del pensamiento *racional*. En la antigua Grecia, Aristóteles definió a los seres humanos como *zoon logikon*, el animal racional. Du-

rante la Ilustración, Emanuel Kant insistió en que la capacidad para la racionalidad es esencial a la dignidad humana y al ser humano. Los animales son diferentes. No pueden relacionarse, utilizar el lenguaje, asumir responsabilidades, todo lo cual son rasgos ligados a la habilidad de pensar. Kant es famoso, entre otras cosas, por su descripción de 1784 de la ilustración como «la salida del hombre de su autoimpuesta minoría de edad». Definió la *inmadurez* como la «falta de habilidad para utilizar el propio entendimiento sin la guía de otro». En otras palabras, la inmadurez es autoinfligida cuando surge no de cualquier falta de intelecto, sino de una falta de decisión y de coraje para desplegar la habilidad de pensar. De allí su eslogan de la Ilustración *Sapere aude!* («tener el coraje de usar la propia razón»). Piensa por ti mismo, podríamos decir también. Escucha a tu *daimon*, habla con él y con otras personas.

La cuestión es que todos podemos pensar por nosotros mismos si así lo deseamos, pero decidir hacerlo requiere coraje. A menudo resulta más fácil «la minoría de edad autoimpuesta». La filósofa Hannah Arendt sostenía que esto fue lo que el criminal de guerra nazi Adolf Eichmann hizo como parte del aparato que orquestó el Holocausto —la exterminación sistemática del pueblo judío— y el asesinato masivo de otras personas que pensaban distinto del régimen. Arendt concluyó que el defecto fundamental de Eichmann fue su falta de habilidad para pensar. Siempre existe el riesgo de que las personas no pensantes actúen de forma malvada. Regresaremos a esto.

¿Qué significa pensar?

Pero ¿qué significa realmente pensar? ¿Qué forma adopta? ¿Cómo se aprende a hacerlo? Y ¿cuán fácil o difícil es pensar por uno mismo hoy en día?

Estas son algunas de las preguntas que este libro trata de responder. Al hacerlo, recorro a la psicología —especialmente a la rama cognitiva que se centra en cómo pensamos y comprendemos—, pero también a la filosofía, porque mi interés principal es lo que podrían denominarse las dimensiones existenciales del pensar. La idea es que pensar no es tan solo una cuestión de resolver problemas intelectuales, como la suma engañosa de Kahneman. También puede ser una forma de existir en el mundo: vivir una vida contemplativa.

Hace mucho que los científicos sociales y los filósofos han identificado la falta de pensamiento en la sociedad contemporánea. Más de setenta años atrás, el filósofo existencial y crítico cultural Martin Heidegger declaró: «Lo que es más estimulante en nuestra época estimulante es que todavía no pensamos».³ Quiso decirlo no solo como una crítica a su propia época, sino como un análisis de la tendencia a evitar pensar que había caracterizado más o menos a la totalidad de la historia cultural occidental. Según Heidegger, simplemente nos hemos olvidado de pensar, en el sentido de pensar por nosotros mismos. Desde Heidegger, nos hemos vuelto incluso mejores en el uso de la ciencia y la tecnología para resolver infinidad de problemas. Esto requiere, por supuesto, una gran can-

tividad de actividad cognitiva que buscamos estimular en los jardines de infancia, en las escuelas y en la educación posterior y superior. Como sociedad, nos gusta centrarnos en el pensamiento utilitario, en «lo que funciona», la efectividad y la evidencia, y «el mejor valor por nuestro dinero». Por supuesto que es legítimo pensar instrumentalmente en esta forma. Pero ¿y si, al hacerlo, nos olvidamos del valor intrínseco de dejar que nuestros pensamientos deambulen y en permitirles que nos conduzcan a destinos impensados? Hay mucho que ganar pasando tiempo en pensar pensamientos que no tienen ningún uso inmediato, pensamientos acerca de la vida, el universo y qué hace que una sociedad sea justa. Podemos hacerlo por nuestra cuenta o como parte de conversaciones dinámicas con otras personas. Es a menudo en situaciones como estas que pensamos de manera crítica y abrimos nuestras mentes a la posibilidad de que las cosas podrían ser diferentes. ¿Quién decidió que el mundo debía ser como es? ¿Podría ser mejor?

Llamo reflexión a esta forma de pensar que no tiene un motivo ulterior, lo que la hace la forma tanto más bella como menos práctica. En este libro soy partidario de esto. Es la forma de pensar más cercana al sentido. Debido a la creciente popularidad del *mindfulness* en las décadas recientes, espero que la reflexión sea así de popular algún día. *Mindfulness* significa «estar presente en el aquí y ahora y aceptar lo que es»⁴ y se erige y se basa en la tradición meditativa del Lejano Oriente. Las investigaciones acerca de los efectos terapéuticos del *mindfulness* arrojan

resultados prometedores en el tratamiento del estrés, la ansiedad y la depresión. El *mindfulness* consiste en estar presente, aceptar el mundo y el momento como lo encontramos. La variedad de cursos y libros disponibles sugiere la existencia de una demanda de esto. De la otra cara de la moneda, a pesar de ser parte de una práctica filosófica en Occidente por lo menos desde Sócrates, nadie ofrece cursos de reflexión.

Inspirado por los libros populares de *mindfulness*, recomiendo varios ejercicios que invitan a la reflexión. Con suerte, estos ayudarán a reactivar la felicidad de pensar en un mundo ajetreado y lleno de distracciones. El objetivo no es promover una mera aceptación del mundo, sino alentar el pensamiento crítico y la reflexión. Los ejercicios surgen de la tradición filosófica de *experimentos mentales*, que requieren una combinación de lógica, razón e imaginación. Se plantean diferentes escenarios hipotéticos para evaluar la naturaleza del conocimiento, la justicia y las buenas acciones. Los filósofos no conducen, por supuesto, experimentos reales en el mundo empírico, sino que sus experimentos mentales ayudan a guiarnos hacia una vida más atenta, crítica e imaginativa. Sin embargo, para llegar allí, tenemos que pensar despacio, profundamente y por nosotros mismos. Veamos, por ejemplo, el siguiente experimento mental clásico.

Experimento mental 1: el anillo de Giges

En la *República* de Platón se introduce «el anillo de Giges», uno de los primeros experimentos mentales. Es un buen lugar para comenzar. El hermano de Platón, Glaucón, lo formula como una especie de desafío a Sócrates durante una discusión acerca de quién es más feliz, la persona justa o la persona injusta. Basado en su observación de que es peor *hacer* el mal que *sufrir* muchísimo, Sócrates cree que la persona justa es más feliz. No se puede ser feliz si se es injusto, porque ser injusto daña no solo la propia alma, sino, por lo menos, la de otra persona. En este punto, Glaucón introduce la historia del anillo de Giges, que sin duda debe de haber sido muy conocida por sus interlocutores. El rey Giges tenía un anillo que podía hacer invisible a quien lo llevara puesto. (NB: lo importante del experimento mental no es cuán realista sea, sino que estimule una discusión acerca de lo que harías si fueras invisible e, indirectamente, acerca de quién es más feliz, el individuo justo o el injusto.)

Glaucón propone lo siguiente: «Seguramente si hubiera dos anillos de esta clase y el justo se colocara uno y el injusto el otro, no hay nadie, al parecer, tan incorruptible como para perseverar en la justicia y resignarse a no poner mano en lo ajeno y apropiárselo, pudiendo tomar lo que quiera del mercado sin miedo, entrar en las casas y tener sexo con quien quiera, matar y liberar de la prisión a los que quiera y actuar por lo demás igual que un dios entre los hombres. Si así se comportara el justo, no haría

nada diferente del otro, sino que ambos apuntarían a lo mismo. Cualquiera diría que esto es una gran prueba de que nadie es justo voluntariamente, sino por obligación, porque no es algo bueno en el nivel individual, ya que donde cada uno crea que puede cometer injusticia, la comete».⁵

Glaucón imagina un tipo de experimento científico en el que tanto el justo como el injusto usan el anillo para volverse invisibles. Argumenta que la persona justa también actuará según sus propios intereses si el anillo oculta su culpabilidad cuando robe algo que quiera, tenga sexo con quien quiera y mate a quien quiera. Su análisis se funda en la idea de que solo el temor a ser atrapado evita que robemos, violemos y matemos. En el fondo, las personas somos injustas porque creemos que lo que nos hará felices no es la justicia, sino hacer lo que sea que nos guste. Y el anillo mágico nos permite hacer exactamente eso. Las personas solo actúan de manera justa cuando están obligadas a hacerlo debido al temor a la represalia, pero no porque ser justas de por sí las haga felices.

Solo mucho más adelante en la *República*, Sócrates responde al desafío y defiende categóricamente la idea de que las personas justas son más felices. La esencia de este argumento es que el problema con los injustos es que se dañan y *dañan* a otros cuando hacen el mal; mientras que, al actuar de manera justa, el justo no solo evita infligirse daño a sí mismo, sino que probablemente también ayuda a otros. Las personas justas son más felices porque no son esclavas del deseo de sexo, venganza o riquezas;

ni siquiera son injustas si por casualidad son invisibles y están fuera del alcance de la justicia. El autocontrol y la conciencia tranquila asociada con la habilidad de refrenarse y tan solo *ser* es un prerrequisito para una vida feliz. De hecho, *solo* las personas justas son felices. En cuanto al concepto de justicia, Sócrates no cree que refleje lo que una mayoría aleatoria cree, ni tampoco resulta que la vergüenza colectiva de una acción es lo que define su calidad moral. Para ponerlo en términos modernos, no es un «constructo social», sino un estado ideal que trasciende las perspectivas de las personas y las culturas. Es decir, ser justo y feliz es una consecuencia natural de ser una persona plenamente desarrollada, en lugar de ser una cuestión de coerción.

Creo que Sócrates tiene razón, así lo espero. Quizá tú también. ¿O quizá no? Pero esa no es realmente la cuestión. En cambio, se trata de que el experimento nos haga pensar, nos haga considerar las eternas preguntas filosóficas: ¿están las buenas acciones determinadas por las convenciones de la mayoría? ¿Están motivadas, en última instancia, por el deseo de ser admirados por nuestro prójimo o están impulsadas simplemente por su valor intrínseco? Si pudiera cometer todo tipo de actos inmorales sin el riesgo de ser atrapado, ¿tendría alguna razón para no hacerlo?

Las preguntas como estas se encuentran entre las más importantes que podemos hacernos. Y no hay ninguna respuesta definitiva, científica. Tenemos que detenernos y pensar acerca de estos enigmas y pensar por nosotros

mismos, porque hay preguntas existenciales acerca de la relación del individuo con otros, consigo mismo y su propia vida. (No puedo simplemente pedirles a otros las respuestas; no, si estas deben tener sentido existencial para mí.) Si queremos trabajar en busca de una respuesta, tenemos que darnos tiempo para el tipo de meditación reflexiva a la que el experimento mental nos invita a entregarnos. No siempre es necesario hacerlo en soledad, en un cuarto, en contemplación silenciosa. Puede adoptar la forma de una conversación, como en los diálogos socráticos, en los que Sócrates y sus interlocutores desarrollan conocimiento al poner a prueba las opiniones de los otros. Mientras nuestro *daimon* pueda hacerse escuchar, la reflexión puede ser una búsqueda en solitario o colectiva.

Espero que este antiguo experimento mental haya estimulado tu apetito por la reflexión. El pensamiento que necesita es de un tipo muy diferente del que se utilizó para resolver el cálculo de Kahneman. Ambos experimentos requieren de un pensamiento lento, pero la suma de Kahneman tiene de hecho una respuesta, una en la que todos pueden estar de acuerdo. El experimento mental de Platón (o de Glaucón) también requiere la habilidad de pensar racionalmente, pero es más abierto. Lo que diferencia a la reflexión es el acto de pensar racionalmente acerca de preguntas para las que no hay una única respuesta. Tal como veremos en el próximo capítulo, así es cómo podemos generar sentido en nuestras vidas y experiencias.